

Joel Vargas Domínguez, *Cuerpos anormales. Metabolismo y alimentación en el México posrevolucionario*. México: Universidad Autónoma Metropolitana - Cuajimalpa, 2023, 432 p.

Joel Vargas Domínguez tiene una trayectoria académica amplia y diversa, abarcando tanto la investigación, como la docencia y la difusión. En particular, su producción se ha centrado en trabajos relacionados con la historia de la ciencia y la alimentación, entre los cuales se puede mencionar el libro coeditado junto con Stefan Pohl-Valero, *El hambre de los otros. Ciencia y políticas alimentarias en Latinoamérica, siglos XX y XXI* (2021). En términos generales, su obra de capítulos y artículos aborda temas como las conexiones internacionales en fisiología, eugenesia y nutrición, el metabolismo racial, la historia de los alimentos y la nutrición en México y en América Latina, el alcohol como alimento, la enseñanza de la nutriología en México o las estadísticas de consumo en México. De entrada, es posible establecer que *Cuerpos anormales* es la culminación de una serie de esfuerzos por brindar aportes y luces a la historia de la alimentación en un sentido amplio, pues el libro retoma y profundiza ciertos de los elementos estudiados en estos textos previos.

De entrada, podría pensarse que este libro es una obra que aborda los hitos de la nutrición en el país. Esto suele ser algo común cuando una disciplina del conocimiento o institución mira al pasado. Así pasa con la más tradicional historia militar, del ejército o de la ingeniería, por mencionar algunos ejemplos, que narran cronológicamente el devenir irreductible del progreso (antes las cosas estaban peor, ahora mejor); es decir, una visión positivista que establece una confianza ciega en la ciencia y la tecnología.

Ante esto, el título de este libro es el que realmente nos pone en sintonía con su contenido. Pues la obra *Cuerpos anormales* se aleja de aquellas historiografías hagiográficas y se propone establecer un eje, a través del cual se podrá comprender un momento histórico particular. De este modo, por medio del estudio de la alimentación se reflexiona sobre los vínculos de la nutrición con la eugenesia, las políticas públicas en torno a la raza propias de la época o la manera como se hacía (y en cierta medida se sigue haciendo) ciencia en occidente. La obra, en este sentido, tiene muchos vasos comunicantes.

La primera idea que destaca es la creación de una normalidad. Estamos ante un estudio de caso típico de la representación de la otredad, en este caso alimentaria y metabólica. Para ello primero se tiene que establecer un estándar de normalidad y ese modelo fue el caucásico; en efecto, los desarrollos de la ciencia de la nutrición, hacia finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, establecieron avances técnicos y disciplinares que permitieron hacer mediciones, más o menos precisas, del consumo calórico y del metabolismo basal de los individuos. De esta manera, las medidas de los cuerpos blancos europeos y estadounidenses, así como sus dietas, ricas en proteína

animal, leche y trigo, se convirtieron en el patrón que se debería replicar en otras latitudes.

Cabe señalar que esta noción de hacer ciencia partía de una visión optimista del conocimiento. Bajo los principios de “medir y civilizar”, en occidente se implementaron desarrollos y políticas públicas que auguraban, por ejemplo, una mejor administración y explotación de los recursos naturales, una mayor seguridad social o la transformación y “mejora” de los sectores considerados “débiles”, “inferiores” o “indeseables”. Dentro de este contexto, destacan dos disciplinas que ayudaron a cimentar estos preceptos. Por un lado, se encontraba la eugenesia, el estudio sistemático orientado al perfeccionamiento de la especie humana, que dedicaba su tiempo a profundizar el saber sobre la “calidad” de la población, el influjo negativo y positivo de la herencia, los atavismos, los controles reproductivos o incluso las desventajas de la mezcla racial. Estos tópicos se estudiaban y discutían científicamente para establecer patrones, cálculos y marcos de referencia para la transformación social.

Por otro lado, se encontraba la estadística que para finales del siglo XIX se había profesionalizado y sofisticado para mostrar en términos cuantitativos y “exactos” la represen-

tación de la realidad. La confianza que, tanto la política como la ciencia, tenían en el dato, obligó a que la argumentación para establecer teorías científicas y/o políticas públicas se tornara hacia la cuantificación. La noción de desviación (utilizada en la clínica y el ámbito jurídico), aplicada socialmente a los grupos populares, tiene aquí su origen.

Conviene traer a colación el desarrollo de una disciplina que tuvo un desarrollo similar al que se muestra en el libro, pues la criminología en su vertiente biologicista, utilizó los principios eugenésicos para establecer la anormalidad dentro del ámbito criminal. El atávico, el criminal nato, se podía determinar mediante mediciones corporales, así como el estudio de la herencia, otras vertientes criminológicas pusieron mayor énfasis en el contexto social. Así, para finales del siglo XIX ya había gabinetes antropométricos, fotografía de frente y perfil en las penitenciarías mexicana (en particular Puebla y Jalisco), estudios de médicos y criminólogos vinculaban metáforas clínicas al ámbito social como limpieza e higiene, el código penal de 1929 (llamado Almaráz) abrevó de algunas de estas tesis.

En este contexto, los científicos franceses, alemanes y estadounidenses

utilizaron metáforas termodinámicas para explicar el funcionamiento del cuerpo. En una sociedad que se encontraba en plena expansión industrial, la eficiencia, el trabajo, la producción, se consideraban elementos centrales que habría que salvar para mantener una visión productivista propia del capitalismo fabril. De esta manera, el cuerpo humano era concebido como una “máquina” y la alimentación era la “energía” que la hacía funcionar. Así como los combustibles se sofisticaban y depuraban en pos de mantener la eficiencia de un motor, la alimentación debería proporcionar el suficiente dinamismo para que un hombre pudiera soportar la carga de trabajo dentro del sector productivo. La llamada alimentación social, entonces, se orientaría a mejorar la nutrición de un pueblo, con la finalidad de mantener en buen estado a los “motores humanos”.

El estándar caucásico se consolidó, por un lado, gracias a numerosos estudios poblacionales apoyados por el Estado y por iniciativas privadas, las cuales, a través de apoyos e intereses económicos, cimentaron ideas que tuvieron una larga vigencia como, por ejemplo, la supuesta superioridad de la proteína animal vacuna sobre otras opciones. Por otro lado, el desarrollo tecnológico permitió medir

la caloría (unidad que se convertiría en una de las bases de la disciplina nutricional) a través de los calorímetros. El metabolismo basal también contaba con la máquina Metabolor para establecer sus parámetros.

La segunda idea central que recorre el libro es la construcción de la anormalidad. De fondo se encuentra la comparación como perspectiva metodológica. En investigación científica cuando se construye un modelo, este se tiene que poner a prueba en otros ámbitos, contextos y poblaciones. Lo anterior permite conocer y ponderar las generalidades y particularidades que puede tener un desarrollo disciplinar, así como su nivel de replicabilidad. La normalidad caucásica, por lo tanto, debería de compararse con otras poblaciones para ponderar la exactitud de sus propias mediciones. De esta manera se hicieron estudios con poblaciones negras africanas y latinoamericanas. Lo anterior ayudó a consolidar la idea de los “cuerpos anormales”; es decir, los cuerpos de aquellas poblaciones que se desviaban del estándar establecido.

Así se explican las expediciones orientadas a estudiar las poblaciones mayas y, tiempo después, las otomíes. Estos estudios se pudieron llevar a cabo gracias a los intereses indigenistas de los gobiernos posrevolucionarios y a los económicos y académicos

C
A



que los estadounidenses tenían en la zona yucateca y el centro de México, a través de fundaciones e institutos.

Los grupos indígenas estudiados, en términos generales, eran considerados poblaciones en “decadencia” que habían tenido un pasado glorioso (particularmente los mayas). Se pensaba que esa decadencia se podía explicar por el ambiente y la alimentación. Aquella era una idea conocida para ese momento que correlacionaba efectos perniciosos a la salud con climas extremos como los serranos o tropicales; de esta manera, se explicaba la supuesta debilidad y la pereza de los indígenas.

Los investigadores eugenistas compararon al “maya puro” y al indígena otomí con el hombre blanco (la noción de pueblos impolutos o no mezclados era aceptada en la época por la antropología). Utilizaron sus tablas de medición y sus aparatos; sin embargo, los resultados nunca fueron concluyentes, pues había numerosos errores y discrepancias, especialmente en lo relacionado con el metabolismo basal que en numerosos casos resultaba alto, lo que no concordaba con sus postulados *a priori*. No obstante, esto no modificó en absoluto las afirmaciones iniciales: se trataba de individuos con cuerpos anormales y con una alimentación deficiente. En términos metodológicos la empresa comparativa permitió consolidar las hipótesis que se tenían, pero no porque los datos empíricos lo demostraran, sino porque los sesgos de inferioridad/superioridad de los investigadores tenían un mayor peso al momento de elaborar conclusiones. Como lo menciona el autor “la objetividad la aportaban los investigadores estadounidenses” (p. 147).

La tercera sección del libro se concentra en aclimatar estas nociones al ámbito urbano, lo cual modificó la argumentación eugenésica por lo menos en dos aspectos. El primero es que la noción clave a través de la cual

se harían los experimentos sociales no sería la de raza, sino la de clase. El pobre urbano era un reflejo del crecimiento de las urbes y la modernización fabril que se pretendía poner en marcha en las décadas iniciales del siglo XX. Las grandes ciudades mexicanas, y de manera evidente y destacada la capital, fueron los polos de migración de los desarrollos económicos. Como lo ha demostrado la historiografía, es el momento de expansión de las colonias populares, de las vecindades, pero también del individuo que comenzó a poblar las calles y los arrabales modificando la dinámica de la ciudad. Los periódicos, la narrativa costumbrista, la crónica, la fotografía, el cine, la prensa y el arte dan cuenta de este proceso. El “pelado”, el “vago”, el “ratero”, son solo ejemplos de una categorización de la otredad vinculada a la clase y que se utilizó ampliamente en esa época.

El otro gran elemento que modificó la argumentación sobre la alimentación de los pobres urbanos fue el impulso político por mejorar a la población. La raza cósmica entendida como la vindicación de lo mestizo, fue uno de los ejes de la retórica posrevolucionaria, pues vinculaba al mexicano con la modernidad, con la industria, con la tecnología. El mestizo pobre, a diferencia del indígena,

se consideraba como un “débil social” pero “corregible”, por lo tanto, era deber del Estado y la ciencia llevar a cabo esa transformación. En particular se pensaba hacer una intervención en la infancia, lo cual era un principio eugenésico evidente. El hombre nuevo se debería moldear desde los primeros años de vida, a través de buenos hábitos de higiene, desarrollo intelectual, cultura física y alimentación.

Cabe señalar que se trataba de un pensamiento de mejoría social (particularmente el sostenido por Francisco de Paula Miranda) que se alejaba de los postulados eugenésicos norteamericanos que privilegiaban el control natal, la esterilización y el control racial. Así, la medicina social, de la cual derivaba la nutrición social, mantuvo en el fondo el uso de las metáforas termodinámicas y el objetivo productivista de la alimentación, esto se comprende bajo la premisa que “la ciencia hace hombres duros para el trabajo” (p. 273).

También pervivió la preferencia por la dieta caucásica. De esta manera la propuesta de los nutricionistas privilegiaba la proteína animal, el huevo, la carne. La leche fue controversial pues desde la nutrición se consideraba un alimento completo e importante para el desarrollo de la

infancia, pero la calidad del producto dejaba mucho que desear, pues no había controles en su venta y producción, lo que podía llevar a la venta de este producto mezclado con agua oxigenada o formol; en el mismo sentido, los procesos de pasteurización no estaban homologados por lo que la pervivencia de patógenos era constante. El maíz también pasó por diversas categorizaciones, desde la porfiriana que lo tomaba como la “fuente de la degeneración nacional”, hasta posturas más moderadas que ponderaban su valor nutrimental. No obstante este matiz, en los esquemas nutricionales se prescribían rebanadas de pan blanco para la dieta.

La intervención eugenésica en el ámbito urbano se cristalizó en los llamados comedores nacionales experimentales, los cuales en su momento fueron polos de modernización urbana. Planteaban una dieta deseable a un costo accesible, promovían una educación higiénica, con el fomento de hábitos de limpieza y desinfección. El primer comedor tuvo mucho éxito, pues en unas cuantas semanas ya brindaba alimentos a aproximadamente un millar de personas al día. Lo que derivó en la apertura de un segundo comedor, que tendría una vida corta. Estos espacios también funcionaron como laboratorios/campo de investigación pues permitieron

a los médicos llevar a cabo mediciones, modificar dietas, prescribir recomendaciones y medicamentos.

El desarrollo de los comedores fue accidentado, pues en la década de los 50's se transformó su idea eugénica original hacia el estudio de la correlación de la nutrición con las enfermedades. Lo anterior conllevó cambios institucionales y un nuevo paradigma en cómo el Estado concibió esta disciplina. El autor señala que el primer comedor fue disminuyendo su importancia, se convirtió en comedor popular para clases medias bajas, estudiantes y profesores, incluso subsiste hasta la actualidad pero con un impacto ínfimo. En las décadas siguientes la nutrición dejó atrás su empeño por la transformación social, se concentró en la cuestión alimenticia y matizó algunas afirmaciones respecto a la dicotomía normalidad/anormalidad.

En el momento en el cual se hace la reconstrucción histórica de *Cuerpos anormales* la visión racializada de la ciencia se encontraba presente, así como la manera prescriptiva de elaborar categorías con las cuales moldear la realidad, lo anterior permitió afirmar nociones de larga data en la historia respecto a la “superioridad” e “inferioridad” de los grupos sociales. El libro sirve para criticar y poder

desmontar ese mecanismo normativo, pues estas nociones en cierto sentido perviven hasta nuestros días.

SEBASTIÁN PORFIRIO HERRERA GUEVARA

ORCID: 0000-0001-6029-4483

Departamento de Ciencias Sociales y
Jurídicas, Universidad de Guadalajara
sebastian.herrera9108@academicos.udg.mx

**D. R. © Sebastián Porfirio Herrera Guevara,
Ciudad de México, julio-diciembre, 2024**